

José Ángel Ruiz Jiménez (ed.)

# Entender Rusia... en su contexto geopolítico

Granada, 2025

## COLECCIÓN EIRENE

### *Director:*

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad de Granada

### *Comité Científico:*

MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA

Universidad de Caldas, Colombia

FRANCISCO DEL CORRAL DEL CAMPO

IPAZ / Universidad de Granada, España

CARMEN RAMÍREZ HURTADO

IPAZ / Universidad de Granada, España

PEDRO SAN GINÉS ANGUIAR

IPAZ / Universidad de Granada, España

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ

IPAZ / Universidad de Granada, España

DANÚ ALBERTO FABRE PLATAS

Universidad Veracruzana, México

MARÍA DEL MAR GARCÍA VITA

Universidad del Norte, Colombia

GIANNI SCOTTO

Universidad de Florencia, Italia

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Universidad de Zaragoza, España

SILVIA MARCU

CSIC, España

TANIA DRONZINA

Univ. de Sofia Sn Klemente

de Ojrida, Bulgaria

IRENE COMINS MINGOL

Universidad Jaume I, España

INÉS CORNEJO PORTUGAL

Universida Metropolitana, México

EULOGIO GARCÍA VALLINAS

Universidad de Cádiz, España

XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Univ. de Santiago de Compostela, España

ESPERANZA HERNANDEZ DELGADO

Universidad la Salle, Colombia

GERARDO PÉREZ VIRAMONTES

Univ. Jesuita de Guadalajara, México

WOLFGANG DIETRICH

Universidad de Innsbruck, Austria



© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-7543-3

Depósito legal: Gr./1340-2025

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja.

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243 930 - 246 220

Web: [editorial.ugr.es](http://editorial.ugr.es)

Maquetación: Tarma, estudio gráfico. Granada

Diseño de cubierta: Tarma, estudio gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

El editor quisiera agradecer muy sinceramente el trabajo de Gregorio Javier García Jiménez y de Irene Ballesteros Cuberos, que además de ser coautores del libro han realizado una inestimable labor de revisión y edición del conjunto de la obra, mejorándola notablemente. También quisiera reconocer los valiosos consejos de la profesora Nina Kressova Iordanishvili para perfeccionar el manuscrito. No puedo dejar de mencionar las enriquecedoras e inspiradoras conversaciones con el profesor Federico Zurita Martínez sobre Rusia, así como la finura de sus altruistas sugerencias para mejorar este trabajo. Por último, corresponder a mi esposa, Ankica, tanto por su generosidad con el tiempo, como por el ánimo y motivación prodigados, decisivos para que el resultado final buscara en todo momento la excelencia. A todos ellos mi más cordial y honesto reconocimiento.



# Índice

Prefacio. Rusia, ¿la némesis de Occidente? .....	11
José Ángel Ruiz Jiménez	
El presidencialismo ruso: orígenes y desarrollo histórico .....	35
Gregorio Javier García Jiménez	
Del Alfil a la Reina: Crimea y el Ártico en el Ajedrez Ruso .....	75
Irene Ballesteros	
Sobre la complejidad de la sociedad y la política rusa moderna a través de la serie <i>Slovo Patsana. krov' na asfal'te</i> (слово пацана. кровь на асфальте) .....	121
Miša Đurković	
El pacifismo en Rusia: de la noviolencia tolstoyana al <i>No a la guerra</i> de Ucrania .....	145
José Ángel Ruiz Jiménez	
Tasty or Leave It. El cambiante panorama del comercio internacional de Rusia y el éxodo occidental desde 2022 .....	173
Dmitry Artyukhov	

Más allá del lenguaje: Vladímir Putin y su construcción discursiva de la Rusia actual .....	207
Francisco M. Villegas Cara	
Importancia y significado de Ucrania para Rusia .....	235
Javier Morales Hernández	
Belarús y Rusia, una relación de amor y odio.....	251
Alena Kárpava	
Comprender la federación rusa desde sus relaciones bilaterales con Kazajistán .....	275
Tatyana Dronzina	
Rusia y el Cáucaso: una relación inextricable.....	297
George Tarkhan-Mouravi	
La relación especial entre Rusia y Serbia: del mito a la realidad.....	355
Rajko Petrović	

# Prefacio.

## Rusia, ¿la némesis de Occidente?

José Ángel Ruiz Jiménez

*En lo que concierne a las cosas humanas no cabe ni reír, ni llorar, ni indignarse, sino comprender.*

Baruch Spinoza (1632-1677)

A la hora de abordar el conocimiento de Rusia, debemos considerar que comprender a otros, sobre todo cuando se perciben como adversarios o enemigos, no es un ejercicio fácil ni cómodo. Quisiera dejar muy claro que comprender a la “otra parte” no implica legitimarla, ni confirmar sus argumentos, ni mucho menos darle la razón. No obstante, para gestionar un conflicto, sin que las opciones se limiten a discernir entre *buenos* y *malos* en una suerte de simplificación infantil, es imprescindible identificar cuantas más variables implicadas sea posible. Ciertamente, identificar el contexto en el que surge y se desarrolla un conflicto es crucial; hay que ser muy consciente de que, como decía Marx, los hombres hacen la Historia en una situación heredada de las generaciones pasadas y que ellos mismos no hicieron. En el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx decía textualmente que “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”. Entonces, el contexto histórico y geopolítico, las motivaciones, las pasiones humanas, los traumas, los temores, las ambiciones, y tantos más factores como se puedan conocer para abordar un conflicto, nos permitirán encontrar argumentos que contrarresten los suyos, como flexibilizar nuestras posturas, a la vez que desarrollar propuestas y políticas que persuadan a los adversarios de cambiar su política también por iniciativa e interés propios.

Rusia, además de ser el país más grande del mundo, es reconocida por sus aportaciones a la ciencia, la cultura y el arte universal, que van mucho más allá de la icónica muñeca Matrioshka –juguete decorativo de madera que puede ser separado en piezas para descubrir otra figura del mismo tipo, pero más pequeña en el interior, repitiendo el procedimiento con la resultante y así sucesivamente–. Así, la belleza, intensidad y particular manera de explorar el alma humana de las obras literarias de Alexandr Pushkin, Nikolái Gógol, Lev Tolstói, Fiódor Dostoievski, Antón Chéjov, Mijaíl Bulgákov, Borís Pasternak o Vladímir Nabokov, entre otros muchos, han emocionado a una generación de lectores tras otra. El talento de músicos como Mijaíl Glinka, Piotr Chaikovski, Alexandr Borodín, Nikolái Rimski-Kórsakov, Ígor Stravinski o Dmitri Shostakóvich dejaron tras de sí un perdurable halo de respeto y admiración. El cine ruso nos ha legado una contribución inmensurable en la historia cinematográfica, con directores visionarios como Serguéi Eisenstein, Andréi Tarkovski, Serguéi Bondarchuk, Andrei Zviáguintsev o Nikita Mijalkov, que desafiaron las convenciones y crearon verdaderas obras maestras. En pintura, se han reconocido universalmente aportaciones tan valiosas como las del realismo crítico de la escuela *peredvízhniki* –los itinerantes–; las del vanguardismo ruso, tan pujante entre 1917 y 1932; las del realismo socialista, impuesto oficialmente durante décadas en la URSS, con su misión de expandir la conciencia y el conocimiento de los problemas propios de la clase obrera; así como el trabajo de artistas rusos no comunistas del mismo período, como Vasili Kandinski, Kazimir Malévich, Naum Gabo y Marc Chagall, cuyo exilio involuntario facilitó el impacto en Occidente del arte ruso durante la etapa soviética. También han sido extraordinarias las aportaciones de científicos como Mijaíl Lomonósov, Ivan Pavlov, Sofia Kovalevskaya, Alexandr Popov, Pyotr Kapitsa, Grigori Perelman y Andre Geim, entre otros muchos. Respecto a las contribuciones de Rusia a la ciencia, no convendría olvidar los aportes a la carrera espacial con hitos como los marcados por el Sputnik, primer satélite espacial de la historia, y por Yuri Gagarin y Valentina Tereshkova, que fueron el primer hombre y la primera mujer en viajar al espacio.

Cómo no mencionar la contribución ruso-soviética a la ideología política universal de Lenin y Trotsky sobre las teorías de la revolución, así como su carisma, que fue determinante en la creación de Partidos

Comunistas en todo el mundo a partir de las tesis de 1921 y la doctrina bolchevique –vanguardias disciplinadas, homogéneas, sumisas y con un mando riguroso decididas a la acción–. No le fueron a la zaga los aportes rusos en el campo del anarquismo, con autores del calado de Piotr Kropotkin y Mijaíl Bakunin. Por último, y sin ánimo de ser exhaustivo, habría que mencionar los éxitos deportivos de la URSS y posteriormente de Rusia al deporte en disciplinas como el ajedrez, con los legendarios duelos entre Gerry Kasparov y Anatoly Karpov, el patinaje artístico, el baloncesto, la gimnasia y el atletismo, que han convertido al país en una superpotencia olímpica.

Por otra parte, es imprescindible destacar la particularmente sufrida historia del pueblo ruso, sometido bajo la autocracia zarista durante siglos. De hecho, sería el desesperante atraso y estancamiento del país en el contexto europeo de efervescencia política, tecnológica y científica que marcaron los siglos XVIII y XIX lo que inspiraría a Aleksandr Pushkin a exclamar su elocuente e icónico lamento; *Oh, Rusia, inmensa aldea!* El epílogo del zarismo fue un período particularmente azaroso: la humillante derrota en la guerra ruso-japonesa librada entre 1904 y 1905, primera ocasión en que una potencia occidental era derrotada por un país asiático; la inestabilidad interior, con episodios de terrorismo, motines y disturbios culminados en el infame Domingo Sangriento en la revolución de 1905; una cruenta guerra civil; y sobre todo la participación en las dos guerras mundiales. Respecto a estas últimas, hubo más víctimas rusas que las padecidas por el resto de contendientes europeos combinados en todos sus conflictos armados a lo largo de los siglos XIX y XX, en lo que supone un dato estremecedor y traumático en la memoria colectiva nacional. No en vano, Stalin dejó una frase para la Historia a propósito de la Segunda Guerra Mundial: “los ingleses ponen el tiempo, los norteamericanos el dinero y nosotros, la sangre”.

La dictadura comunista subsiguiente trajo consigo un muy bienvenido mayor bienestar material y un acceso universal a la educación y la sanidad, no obstante empañados por la atosigante falta de libertades del régimen. Las perniciosas consecuencias humanas y materiales del sistema fueron denunciadas en varios de sus ámbitos por novelas como *Doctor Zhivago* (1957), de Borís Pasternak, *El maestro y Margarita* (1967), de Mijaíl Bulgákov y *Archipiélago Gulag* (1973), de Aleksandr Solzhenitsyn.

El progresivo anquilosamiento del Estado soviético y el decreciente nivel de vida en el mismo desde la década de los 70 culminarían en el colapso y descomposición de la URSS y el abrupto final de Rusia como cabeza visible de la superpotencia global soviética en 1991. En medio de un sentimiento de pérdida de grandeza, si acaso análogo al que tuvieron los españoles por la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898, se inauguraba una de las décadas más angustiosas para el pueblo ruso, marcada por la presidencia de Borís Yeltsyn.

La llegada al poder de Vladímir Putin supondría una estabilización, normalización y mejora de la economía que, con todas sus limitaciones, supuso un evidente contraste con las dos décadas precedentes. Este hecho otorgó mucha popularidad al nuevo presidente, quien, por otra parte, puso en funcionamiento una poderosa máquina propagandística para proyectar su imagen ante la ciudadanía como la de un gran líder.

En definitiva, la Rusia actual es un país aún muy condicionado por siglos de zarismo y sobre todo por sus 70 años de régimen comunista, no habiendo terminado su transición democrática liberal ni en lo político ni en lo económico ni en lo cultural, lo que determina poderosamente sus circunstancias actuales.

Rusia es también un país muy particular porque en el imaginario colectivo de Occidente se ha ido convirtiendo en el gran enemigo por antonomasia, una imagen que resulta de la combinación de varios factores.

En primer lugar, debe mencionarse el carácter oriental que le ha otorgado Occidente como parte de una cosmovisión colonialista que inferioriza a las culturas asiáticas con el fin de dominarlas, y que tan bien han descrito autores como Edward Said o Maria Todorova. La operación Barbarroja, por la que la Alemania nazi invadió la URSS en 1941, es un ejemplo perfecto de la mentalidad que acabamos de describir. En aquella campaña, el Tercer Reich perseguía precisamente dominar a los pueblos eslavos —a los que consideraba inferiores a los arios— y convertir a la URSS en la joya del imperio colonial que ambicionaba, o sea, en el equivalente a lo que la India suponía entonces para Gran Bretaña. De hecho, los planes expansionistas hacia el Este del II Imperio alemán —la *Russlandpolitik*—, inspiraron en gran medida a Hitler y al nacionalsocialismo. Ciertamente, de no ser por el Tratado de Versalles y la revocación unilateral por parte del Gobierno bolchevique del Tratado

de Brest-Litovsk, Berlín hubiera obtenido gran parte de ese espacio colonial soñado durante la Primera Guerra Mundial. Evidentemente, la operación Barbarroja no valoró en su justa medida los precedentes de la invasión napoleónica a Rusia de 1812, en la que el mayor ejército de la historia terminó reducido a una masa harapienta en retirada; el fracaso de las tropas suecas derrotadas en la batalla del Nevá en 1240; ni el legendario intento de ocupar Rusia por parte de los caballeros de la Orden Teutónica en 1242. La batalla del lago Peipus, en la que aquellos caballeros germanos fueron vencidos en un combate librado sobre el hielo, es uno de los grandes hitos históricos de Rusia —que el director Serguéi Eisenstein recreó en el cine en su película *Alexandr Nevski*—, y como tal ha sido recreado en su música y en su literatura. Recordando las palabras de Mark Twain, bien podríamos decir que *la historia, más que repetirse, rima*.

En segundo lugar, por el halo de misterio proveniente de su imagen en Occidente como país poderoso, orgulloso y hermético, labrado sobre todo durante la Guerra Fría, en la que se la consideraba un Estado oscuro y peligroso del que nadie sabía mucho. Tal percepción se vio reforzada por los escasos relatos sobre el terreno de visitantes occidentales no comunistas. Y es que, si bien la URSS recibía gustosamente a intelectuales y artistas extranjeros simpatizantes del comunismo que luego glosaban los éxitos de su sistema político, resultaba casi inaccesible para los demás. Una de las pocas excepciones fue Truman Capote, que la visitó en 1955. El perspicaz y extravagante Capote, entonces de 31 años, acompañó a la primera compañía de teatro estadounidense que visitaba la Unión Soviética desde la Revolución Bolchevique de 1917. Sus crónicas en *The New Yorker* reflejan el genuino desconcierto que le provocaba el país a cada paso, lo que aderezó deliciosamente con su característico sarcasmo.

En tercer lugar, por un indisimulado temor casi atávico al *oso ruso*, alimentado por largas décadas en las que el comunismo que encarnaba la Unión Soviética amenazaba con destruir la sociedad liberal capitalista que Occidente ha ido forjando desde finales del siglo XVIII tras vencer en su dura pugna contra el Antiguo Régimen. En verdad, la Guerra Fría marcó poderosamente la percepción de Rusia en Occidente, pues todas las narrativas perniciosas respecto a la URSS propias del mundo

bipolar no hicieron sino confirmar y consolidar sus prejuicios y estereotipos respecto al *gigante eslavo*. El temor a la bomba atómica soviética, lograda en 1949; la conmoción originada por los éxitos de la URSS en los inicios de la carrera espacial; la influencia de Moscú en los procesos de independencia colonial y los Frentes de Liberación Nacional, o las revoluciones inspiradas en el octubre de 1917, caso de la Hungría de Bela Khun, la Liga Espartaquista en Alemania, Cuba, Vietnam y Sudán, entre otros; y la crisis de los misiles de Cuba en 1962, contribuyeron a consolidar la hostilidad occidental hacia Rusia.

En este sentido, pocos personajes de ficción han logrado encarnar cuanto representaba Rusia para las generaciones que vivieron la Guerra Fría como el boxeador Ivan Drago, el formidable adversario de Rocky Balboa en la exitosa producción cinematográfica *Rocky IV*, de 1985. Frente a la imagen del protagonista, Sylvester Stallone, que aparece en los carteles de la película envuelto en la bandera de EEUU como obvio representante de los valores de su país —esfuerzo, pasión, humildad, valentía, familia y, en definitiva, el sueño americano de llegar a la cima desde la nada—, contrasta la figura de Ivan Drago como símbolo de la amenaza al *mundo libre* que supone Rusia: frío, enorme, poderoso y sin corazón.

Por otra parte, todo este universo de creciente negatividad acuñada desde Occidente hacia Rusia pudo quebrarse para siempre en la recta final de la Guerra Fría. Y es que se olvida con frecuencia cómo Mijaíl Gorbachov, secretario general del PCUS entre 1985 y 1991, en la práctica el último presidente de la URSS, inició una serie de políticas desconocidas en los casi setenta años de historia del régimen soviético: *perestroika*, *glasnost* y *uskoreníe* —reestructuración, apertura y aceleración—, que hicieron añicos todos aquellos estereotipos. Frente a la prejuiciosa visión orientalista de Occidente hacia el mundo eslavo, Gorbachov no se limitó a acercarse a Europa, sino que acuñó el término *casa común europea*, de la que Rusia era a su juicio un miembro constituyente natural. Frente a la amenaza militar e ideológica, el premier soviético se armó con propuestas inspiradas en el movimiento pacifista y la irenología como la *opción cero* o la *defensa defensiva* para hacer posibles políticas de conciliación y desarme que le valieron el premio Nobel de la Paz de 1990. No en balde, firmó libros como *El porvenir pacífico de nuestro planeta* (1986);

*Perestroika, mi mensaje a Rusia y al mundo entero* (1987); *Un mandato por la paz* (1987); y *Hacia la casa común europea. Una nueva política para Europa y el mundo* (1990), en los que abogaba por la amistad y la integración con Occidente, así como por mayores libertades y apertura en la URSS frente a la proverbial impenetrabilidad del régimen.

En aquellos años, Gorbachov recibió las simpatías incluso de líderes tan anticomunistas como Margareth Thatcher y Ronald Reagan. En verdad, la franqueza y amabilidad que transmitía aliviaron enormemente los temores de un planeta angustiado por las ingentes tensiones de la Guerra Fría. La imagen pública de Gorbachov irradiaba ilusión y esperanza, viéndose además acompañada de momentos tan icónicos como la caída del muro de Berlín, posible por la *doctrina Sinatra*. Tal denominación se inspiraba en la canción *My Way* —A mi manera— del célebre intérprete estadounidense Frank Sinatra, y consistió en permitir que los países denominados satélites de la URSS decidieran libremente su futuro político frente a la intervencionista *doctrina Jrushchov*. No le fueron a la zaga las negociaciones de desarme con Estados Unidos impulsadas por el dirigente ruso en un contexto particularmente difícil, el conocido como *Segunda Guerra Fría* (1979-1985), caracterizado por el recrudecimiento de la pugna entre las superpotencias. De hecho, cuando Gorbachov accedió al poder, hacía seis años del último encuentro público entre dignatarios soviéticos y estadounidenses, que había tenido lugar en Viena en junio de 1979 entre Jimmy Carter y Leonid Brézhnev. Así, la cumbre de Ginebra de 1985 supuso el primer paso en el desmantelamiento de la arquitectura de la Guerra Fría, allanando el camino para que en la de Reikiavik de 1986 ambos mandatarios aprobaran una hoja de ruta de negociaciones de desarme, culminada en 1987 con la firma del histórico Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio (INF). Un año después, Reagan incluso visitaría Moscú, donde afirmó que había dejado de percibir a la URSS como el *Imperio del Mal*, expresión que había utilizado repetidamente en los años anteriores. La imagen positiva que transmitía Gorbachov incluso lo convirtió en protagonista de simpáticas campañas publicitarias para marcas como Pizza Hut, Apple o Louis Vuitton.

No obstante, Occidente negó siempre a Gorbachov las ayudas financieras que imploraba para reflotar una URSS necesitada de capital.

Los precios del petróleo habían caído en picado; la degradación de los servicios públicos era evidente; el suministro de bienes y alimentos a la población era cada vez más escaso, hasta el punto de que en algunas regiones se había recurrido a introducir vales de racionamiento y en las grandes ciudades tenía que hacerse cola para aprovisionarse de productos básicos; y el descontento popular aumentaba debido al estancamiento de una guerra que cada vez costaba más vidas en Afganistán. Sin embargo, Occidente prefirió ser espectador de la implosión de una URSS que había sido su némesis desde 1917, en lugar de contribuir a su reforma hacia un modelo más democrático, liberal y respetuoso con los derechos humanos. De hecho, Washington había estado fomentado desde hacía tiempo el quiebre interno de la URSS condicionando sus presupuestos mediante la carrera armamentística y alimentando los nacionalismos separatistas en repúblicas como Ucrania o las de los países Bálticos. Así, frente a la conciliadora socialdemocracia que proponía Gorbachov, Occidente no resistió la tentación de ver cómo su gran enemigo se hacía añicos y apostó por el modelo autoritario y nacionalista, pero también capitalista y ultraliberal de Borís Yeltsin. De este modo, Gorbachov, sin apoyo exterior, con la presión interna de nacionalistas, liberal-capitalistas y del propio PCUS, a la vez que lastrado por su propia falta de carácter como gestor político, terminaría olvidado por Occidente y despreciado por sus conciudadanos. De hecho, cuando concurrió a las elecciones a la presidencia de Rusia en 1996, tan solo obtuvo un humillante 0,5% de los votos.

Se entraría entonces en una nueva etapa en la que Rusia desapareció como temible adversario militar e ideológico, convirtiéndose en un jardín de atractivas inversiones para multinacionales occidentales a la vez que surgía una nueva clase de millonarios locales que acapararon la riqueza nacional, los conocidos como *oligarcas*. De este modo, durante la década de los 90, el dipsómano Yeltsin encarnó la imagen decadente de un país empobrecido en el interior y sin peso alguno en la geopolítica internacional. Es más, las maneras histriónicas y ordinarias del presidente ruso se percibían desde Occidente como divertidas y anecdóticas, pues en el fondo, la chabacanería de Yeltsin simbolizaba la venida a menos de su otrora formidable enemigo comunista. De hecho, el presidente ruso marcó claramente los principios de la nueva etapa

del país en contraste con la época soviética, aderezando algunos de sus discursos con frases como *Dios salve a América* o *Gracias, América, por liberarnos del comunismo*. Mientras tanto, la población se encontraría súbitamente con la pérdida o extrema degradación de los servicios públicos que el Estado había cubierto hasta entonces, así como con una oleada de privatizaciones llevadas a cabo en un contexto de desempleo, pensiones y salarios irrisorios, inflación desenfrenada, nepotismo, auge de las mafias y surgimiento de la ya mencionada clase de nuevos ricos, que configuraron una clase privilegiada. El extremo menoscabo de las prestaciones estatales condujo a situaciones tan llamativas como la gente que moría de frío en plena calle porque los servicios de recogida de borrachos que tenían los ayuntamientos habían sido suprimidos.

En cualquier caso, aquella nueva Rusia, convertida ya en potencia de segunda fila, se mostró sumamente implicada en su integración económica y política con Occidente, así como en mantener la paz con sus vecinos. No en vano, Rusia, fue una de las grandes impulsoras de la Organización por la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), que inició su andadura en enero de 1995 y que actualizaba el papel que había tenido la URSS en su predecesora, la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). En diciembre de 1996, la Declaración de Lisboa sobre un modelo común de seguridad para Europa en el siglo XXI reafirmaba la presencia de Rusia en lo que entonces se percibía como naturaleza indivisible de la seguridad en el viejo continente. En aquellos días, llegó incluso a explorarse la integración de Rusia en la OTAN, una propuesta de Yeltsyn que Vladímir Putin retomaría en sus primeros años en el poder. De hecho, la buena sintonía de Putin con George Bush Jr —quien lo definió en público como *digno de confianza* y en privado incluso le apodó cariñosamente Pootie-Poot— parecía presagiar la continuidad del acercamiento entre Rusia y Occidente. La amistosa proximidad entre ambos mandatarios llevaría a la entonces Consejera de Seguridad Nacional, Condolezza Rice, a afirmar que el tipo de relación que habían desarrollado ambos líderes y ver a Rusia firmemente anclada en Occidente en verdad suponía la realización de un sueño de 300 años. Pese a lo extravagante que pueda resultar la iniciativa a cualquier lector, en realidad Jrushchov en los años cincuenta y Gorbachov en los 90 ya habían flirtado con esa posibilidad. En 1990,

en plena crisis terminal de su Gobierno, éste último le pidió la entrada en la OTAN al secretario de Estado norteamericano, James Baker, casi desafiándolo con el argumento de que si EEUU afirmaba que la OTAN no estaba dirigida contra la URSS, sino que era sólo una estructura de seguridad que se estaba adaptando a las nuevas realidades, le proponía el ingreso. Naturalmente, Baker ignoró por completo aquella propuesta firme, pero a la desesperada. Sin embargo, Yeltsyn retomaría la idea. Tal era el ambiente en el que se establecieron las relaciones entre la OTAN y Rusia inmediatamente después de la llegada al poder de Yeltsyn en 1991 en el marco del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte. Así, en 1994, Rusia se adheriría a la Asociación para la Paz, un programa para fomentar la confianza mutua que Bill Clinton describió como una vía hacia la adhesión de Rusia a la OTAN. En 2000, Vladímir Putin incluso discutió la opción con el propio Clinton durante la visita del presidente norteamericano a Moscú. Posteriormente, los países de la OTAN y Rusia firmarían varios acuerdos importantes de cooperación, entre los que destacó el Consejo Rusia-OTAN, establecido en 2002 para gestionar asuntos de seguridad y proyectos conjuntos, sobre todo relacionados con la lucha antiterrorista, la cooperación militar y varias políticas de colaboración en Afganistán.

De cualquier modo, lo cierto es que, si bien Rusia siempre mantuvo sus reservas respecto a que la cercanía e incluso integración en la OTAN llegara a consolidarse, fue la Alianza Atlántica, cuya naturaleza primigenia es indudablemente antirrusa, quien dio pie a que sus temores acerca del *oso ruso* terminaran confirmándose en una especie de profecía autocumplida. Y es que en paralelo a la *luna de miel* diplomática que parecía vivirse entre Rusia y EEUU, Washington fue dando una serie de pasos para debilitar y aislar a Rusia aprovechando su condición de única superpotencia mundial en la década de los 90 y el inicio del siglo XXI. Así, la OTAN se expandió hacia Europa central y del Este —en gran parte, por petición expresa de unos antiguos países satélites traumatizados tras décadas de sometimiento a Moscú—, contraviniendo las garantías no escritas entre George Bush Sr. y su secretario de Estado, James Baker, a Gorbachov de que la OTAN no se movería ni una pulgada hacia el Este en las cumbres de Malta de febrero de 1989 y de Moscú de 1990. De este modo, Rusia se vería cercada por los ejércitos de la OTAN

en su flanco Este —donde esperaba que sus antiguos países satélites se convirtieran en Estados-tapón neutrales—, el Oeste —con la presencia militar estadounidense en Japón y Corea del Sur— y en el sur, una vez que EEUU ocupó militarmente Afganistán e Iraq desde 2001 y 2003, respectivamente. En el norte no había posibilidad de amenaza militar alguna en las heladas regiones Árticas, que además suponían un área de cooperación científica internacional ejemplar mediante el Consejo Ártico, situación que sólo empezaría a quebrarse en 2022, con motivo de la Guerra de Ucrania. La sensación de que la OTAN estaba explotando la debilidad rusa y se aprovechaba de su buena voluntad como nuevo país amigo se acrecentó con las llamadas *revoluciones de colores*. Éstas tuvieron lugar entre 2000 y 2005, con el denominador común de que una serie de movilizaciones sociales aparentemente espontáneas y prodemocráticas culminaron con el derrocamiento de regímenes afines a Rusia en su zona de influencia histórica, contando para ello con apoyo financiero, mediático e ideológico de EEUU. La primera supuso la caída de Slobodan Milošević en Yugoslavia (2000), siguiendo su estela la *Revolución de las rosas* en Georgia (2003), la *Revolución Naranja* en Ucrania (2004) —donde diez años después, el Maidán alcanzaría los objetivos perseguidos en aquélla— y la *Revolución de los tulipanes* en Kirguistán (2005). La gota que colmaría el vaso sería el proyecto impulsado desde Washington para instalar un escudo antimisiles en los países miembros de la OTAN, que según Estados Unidos no tenía la intención de bloquear la capacidad contraofensiva militar de Rusia, sino la de defender a Europa de posibles ataques provenientes de Corea del Norte e Irán. Esta explicación no satisfizo a Rusia, que percibía que la combinación de todas las circunstancias que acabamos de describir sólo podía interpretarse como un plan político-militar tenaza para rodearla y contenerla. Así, en un discurso en febrero de 2007, Putin dejaría claro que sentía que su país estaba siendo empujado a nueva etapa en la que debía elegir entre la confrontación o el sometimiento. En su alocución acusó a Estados Unidos de arrojar al mundo a un abismo de conflictos permanentes y de intentar crear un sistema global unipolar gobernado desde Washington. Acto seguido, el presidente ruso apostó por reforzar una narrativa en la que reivindicaba la grandeza del pasado imperial y soviético de Rusia, mostrándose como un estadista fuerte, seguro de

sí mismo, inflexible, astuto y viril. En definitiva, como el líder capaz de dirigir y proteger a Rusia. Además, impregnó el país de un discurso público de marcado carácter conservador, creyente y patriota frente a un Occidente descrito desde entonces como en decadencia moral, ateo, materialista, individualista, promotor de la homosexualidad y el aborto y empeñado en destruir Rusia, el país de la santa Moscú, la *tercera Roma*.

De este modo, mientras para Occidente la descomposición de la URSS y el posterior acorralamiento de Rusia debían aislar, debilitar y someter definitivamente a su antiguo enemigo durante la Guerra Fría, tal política terminó creando un resentimiento revanchista y un efecto boomerang cocinados a fuego lento en Rusia, que culminarían con la invasión de Ucrania en febrero de 2022. En una suerte de escalada, las exitosas acciones militares rusas en Georgia (2008) y sobre todo en Siria, Crimea y el Dombás (2014), fueron profusamente celebradas en el país como los primeros éxitos en el exterior después de un cuarto de siglo de humillaciones, lo que disparó la popularidad de Putin. Ucrania se convirtió en el siguiente objetivo lógico tras el insatisfactorio limbo en que quedó el Dombás tras los Acuerdos de Minsk de 2014, pues el reloj corría en contra de las pequeñas repúblicas separatistas prorrusas ante el rearme de Ucrania alimentado por Occidente. Por otra parte, el deterioro de la economía rusa y una gestión muy cuestionable de la pandemia del COVID-19 habían contribuido a un bajón del apoyo ciudadano a Putin que le resultaba muy conveniente revertir.

En aquel período de creciente alejamiento de EEUU y la UE, Putin iniciaría además un estudiado despliegue diplomático que le hizo ganar peso en América Latina y África, donde algunos países incluso naturalizaron la presencia de los mercenarios rusos del grupo Wagner como parte de su estructura militar y de orden público, caso de Libia, Burkina Faso, Mali y Níger. Paralelamente, desarrollaría un sistema de guerra híbrida para debilitar la estabilidad de los países de la OTAN mediante el uso masivo de propaganda y desinformación en redes sociales de Internet, por lo que Rusia sería acusada, entre otras cuestiones, de interferir en las elecciones presidenciales de EEUU de 2016 —destacando al respecto a la polémica creada alrededor de la compañía de análisis de datos e información Cambridge Analytica, que terminó en los tribunales— o en las de Rumanía de 2024. Otras formas de guerra

híbrida antioccidental de las que se ha acusado al Kremlin han sido el soborno a eurodiputados para influir en el Parlamento comunitario en Bruselas, la realización de ciberataques a Estados como Polonia, así como la injerencia política para potenciar situaciones de tensión interna, caso del proceso por la independencia de Cataluña (2012-22), como se describe, por ejemplo, en el documental *¿Europa en las manos de Putin?*, producido por el canal temático ARTE France en 2024.

Paralelamente, tras la revolución o golpe de Estado del Maidán, la anexión unilateral de Crimea por parte de Rusia y la guerra en la región ucraniana del Dombás en 2014, volvieron a Occidente las peores narrativas acerca de Rusia, identificada desde entonces como un país agresivo en el exterior y autoritario y represivo en el interior. La imagen del presidente Putin, lejos ya de la del amistoso Pootie-Poot de los tiempos de Bush Jr., quedaría casi reducida a la de un villano de película de James Bond durante la Guerra Fría: un dictador implacable de mirada vidriosa, carácter frío e intenciones inescrutables. La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 no supondría más que una nueva vuelta de tuerca a su reputación en Occidente, caricaturizándose ya a Putin como un dictador al mando de una potencia nuclear expansionista que suponía una amenaza inmediata para todo el mundo, en particular para los países liberales y democráticos. Estas narrativas tendrían su reflejo factual en el rearme de los países miembros de la OTAN y en la imposición de unas sanciones a Rusia que terminarían siendo mucho menos efectivas de lo esperado. Resultaría particularmente llamativo que, aunque las arcas públicas de los países occidentales aparentaran estar exhaustas tras la crisis económica global iniciada en 2007 y la pandemia del COVID-19, con una deuda estatal disparada e inversiones decrecientes en salud, educación y otros sectores, no tuvieran mayor problema en aprobar aumentos astronómicos en sus presupuestos militares. El motivo esgrimido fue la urgencia de conjurar la amenaza para la democracia, la paz y la libertad en Occidente que suponía Rusia. Nadie pareció reparar en que más allá de su aureola como superpotencia militar, lo cierto es que Rusia no tiene capacidad alguna para desafiar seriamente a los miembros de la OTAN. De hecho, en esta cuestión las cifras son apabullantes: según los últimos datos del Banco Mundial, las economías de la UE y de Estados Unidos suponen respectivamente el

14.6% y el 14.8% del PIB global, mientras el de Rusia está por debajo del 4%; la población rusa es de 144 millones de habitantes, mientras la de la UE es de 450 millones y la de EEUU de 333 millones; y en 2024 el gasto en defensa de Rusia —119.000 millones de dólares—, fue muy inferior tanto al de Estados Unidos —886.000 millones—, como al de la UE —326.000 millones—, estando incluso por debajo del combinado entre sólo dos países comunitarios, Francia y Alemania, según los datos de SIPRI y Global Firepower en 2024. De hecho, según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos en su informe de 2025, Europa ha aumentado en un 50% su gasto militar entre 2014 y 2024, a pesar de lo cual EEUU continúa presionando duramente a sus socios europeos en la OTAN para que aumenten aún más su gasto en defensa. Sin ir más lejos, España se ha visto poco menos que obligada por Washington a duplicar en 2025 su gasto militar respecto al año anterior para cumplir sus compromisos con la Alianza Atlántica. Esta serie de datos, ilustran elocuentemente que el desequilibrio de fuerzas es tal, que las posibilidades reales de que Rusia pueda suponer una amenaza creíble para Occidente son en verdad remotas.

Por otra parte, como ya se ha señalado, Occidente acometió con decisión y confianza en la justicia de la causa una serie de duras sanciones que se entendieron como naturales, razonables y necesarias para aislar económica y diplomáticamente a Rusia, con objeto de forzar su retirada de Ucrania o la caída de su Gobierno. Ciertamente, Rusia ha sufrido desde 2022 una política de rechazo sin precedentes. De hecho, más allá de las medidas tomadas a nivel gubernamental, el grado de aversión hacia Rusia entre una población occidental acostumbrada a percibirla como un *imperio del mal* por más de un siglo alcanzó cotas desconocidas, dándose todo tipo de exclusiones, incluso de sus deportistas a nivel individual —caso de los tenistas—, así como a clubes y selecciones, que vieron vetada su participación en las competiciones internacionales. Además, entre 2022 y 2023, varios museos, ferias del libro, óperas y festivales de cine en todo Occidente decidieron despedir, suprimir o aplazar las actuaciones de artistas y la exhibición de creaciones producidas por autores rusos, vivos o muertos. De este modo, se cancelaron exposiciones, editoriales, escritores, cantantes y ciclos de películas rusas de innumerables programaciones. Por citar solo algunos ejemplos,

multinacionales como Disney, Warner y Sony dejaron de estrenar sus producciones en Rusia, Netflix bloqueó todos sus servicios en el país, Spotify dejó de dar acceso a su servicio premium, la edición rusa de la revista *Vogue* dejó de imprimirse, y empresas de restauración como McDonalds y Starbucks, así como tecnológicas entre las que destacó Apple, cerraron sus comercios en Rusia. La Feria del Libro de Frankfurt anunció que la literatura rusa y de no ficción estaría presente siempre y cuando estuviera publicada en editoriales alemanas. Mientras, el Museo Ruso de Málaga, filial del Museo Estatal de San Petersburgo, se debatía entre seguir o cerrar. Finalmente, la colección del museo regresaría a Rusia en mayo de 2022 tras su última exposición. El Ayuntamiento de Málaga lo ha mantenido abierto desde entonces con exposiciones aportadas por coleccionistas privados.

Ciertamente, más allá de solicitudes extravagantes en redes sociales, como la que propuso prohibir la venta de vodka, se dieron casos de cancelaciones llamativamente grotescas. Por ejemplo, la Universidad de Bicocca en Milán suspendió una conferencia sobre la obra de Fiódor Dostoievski; un grupo de ciudadanos se organizó para solicitar la demolición de una estatua dedicada al mismo novelista en Florencia, si bien su alcalde se negó a hacerlo; los festivales de cine de Cannes y Venecia vetaron la participación rusa; la Ópera Metropolitana de Nueva York prescindió de la soprano rusa Anna Netrebko, mientras el Scala de Milán dejó de contar con el director de orquesta ruso Valery Guérguiev. En España, se dieron situaciones como el que la Filmoteca de Andalucía cancelara la proyección de *Solaris*, película dirigida por el ruso Andréi Tarkovski en 1972, y la sustituyera por la versión de la misma obra que realizó el estadounidense Steven Soderbergh en 2002.

Las justificaciones a todos estos actos coincidían en que era una forma de bloquear cualquier tipo de apoyo económico al gobierno de Putin, a la vez que apelaban al simbolismo de dejar de consumir cualquier producción proveniente de Rusia. A su juicio, rechazar lo que ese país produjera e incluso hubiera producido a lo largo de su historia equivalía a rechazar la guerra. También ha habido artistas rusos que han rechazado trabajar debido a que reprueban las decisiones tomadas por su presidente. Por ejemplo, los representantes del pabellón ruso en la Bienal de Venecia decidieron renunciar porque, según el comunicado

en el que explicaron su ausencia, “cuando los civiles mueren bajo el fuego de los misiles, no hay lugar para el arte”.

Sin embargo, frente a la narrativa occidental, Rusia no quedó desacreditada, sola y aislada. Más allá de su cercanía a China, en países como India, Irán, Brasil, Afganistán, Vietnam, Filipinas, Serbia, Venezuela, Cuba, Eritrea, Sudáfrica y Kenia, entre otros, existe un elevadísimo nivel de simpatía hacia Rusia en el conflicto con Ucrania. De hecho, fueron nada menos que 40 los países que votaron en la Asamblea General de la ONU en contra de las sanciones a Rusia o se abstuvieron, que en este caso significa prácticamente lo mismo, y que representan a más de la mitad de la población mundial. Tanto es así, que la guerra reactivaría la alianza de los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, asociación de las principales economías emergentes de Asia, África y América Latina—; la cooperación tecnológica y estratégica de Rusia con Irán, Pakistán y Turquía; y el abandono progresivo de estos países del dólar y del euro como monedas de referencia.

Si bien sus motivos tienen matices en cada caso, estas naciones comparten su entendimiento de la guerra de Ucrania como reacción defensiva ante el cada vez más estrecho cerco que sufre Rusia por parte de la OTAN, a la que perciben como poderoso brazo militar de las potencias occidentales para someter al resto del mundo. En este sentido, varios de ellos se sienten representados de algún modo por Rusia y por Putin, al que distinguen como el único líder mundial que desafía a los estadounidenses y europeos, a quienes consideran tan arrogantes como sus políticas, de las que denuncian su marcado cariz imperialista, globalizador y neocolonialista. Además, condenan la hipocresía de Occidente, protagonista de invasiones, ocupaciones y derrocamientos de gobiernos de países empobrecidos, como Vietnam (1959-75), Panamá (1989) Serbia (1999), Afganistán (2000-2021) Iraq (2003-hoy) y Libia (2011), por citar solo algunos de los más conocidos. También afean a Occidente su hipócrita falta de celo y su doble rasero en otros casos de graves violaciones del derecho internacional y los derechos humanos, como el asesinato masivo de civiles por parte de Israel en la Franja de Gaza entre 2023 y 2025, o el desplazamiento forzado y limpieza étnica en Myanmar de más de un millón de rohingyas entre 2012 y 2017, que quedaron hacinados, sin Estado ni derechos en el campo de refugiados

más grande del mundo en Bangladesh. También les parece indignante que quienes ahora se rasgan las vestiduras por el conflicto de Ucrania, nunca se plantearan condenas ni sanciones a los protagonistas de aquellas agresiones, que tanto daño han causado a las naciones que las sufrieron. Además, denuncian que el intervencionismo ruso en su *extranjero cercano* es sumamente modesto comparado con las doctrinas estadounidenses del *gran garrote*, de la *seguridad nacional* y de la *agresión positiva*, por las que EEUU se ha arrogado el derecho a actuar militarmente *allá donde sus intereses se vean afectados*, así se trate de países lejanos que no hayan agredido a los Estados Unidos ni supongan una amenaza para ellos, como en los ejemplos anteriormente citados. De hecho, en enero de 2025, en medio de las críticas al afán expansionista de Rusia, y apelando precisamente a la doctrina de la seguridad nacional, Donald Trump anunció como presidente electo su proyecto de incorporar Canadá, Groenlandia y el canal de Panamá a Estados Unidos, así debiera recurrir para ello a presiones económicas y militares. Pocos días después, hizo público su plan por el que EEUU se anexionaría unilateralmente la franja de Gaza, llevaría a cabo allí una limpieza étnica en toda regla y crearía una *riviera* turística en la zona. En un alarde de cinismo, añadió su deseo de que los desplazados forzosos fueran recibidos “por países bonitos de buen corazón” (sic.).

Este conjunto de países tampoco respeta las protestas occidentales por la brutalidad de los ataques rusos a ciudades ucranianas, pese a que se hayan utilizado bombas hipersónicas, de racimo y de vacío, siguiendo la *doctrina Grozni*, ya perfeccionada previamente por Rusia en la mencionada capital chechena y en Alepo, para destruir las ciudades impidiendo así la temida guerrilla urbana. Contraargumentan que eso no es peor que las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, las de Napalm en Vietnam o la ofensiva de *conmoción y pavor* usada contra la población urbana de Irak, con bombardeos tan intensos que los defensores morían o acababan extenuados, mientras los civiles, por muy rebeldes que fueran, quedaban reducidos a tales niveles de terror y miseria que agradecían el alivio que brindaba la rendición. Todo ello sin mayor respuesta de la comunidad internacional en forma de condenas ni sanciones, y con una actitud pasiva por parte de la ciudadanía occidental que dejó hacer mostrando una indiferencia generalizada.